

EL ATAQUE DE HAMAS

La debacle de Israel: el fracaso de los servicios secretos en un país dividido

INTERNACIONAL

09_10_2023

**Nicola
Scopelliti**



“Sigo con aprensión lo que está sucediendo en Israel, donde la violencia ha explotado más fuertemente, provocando centenares de muertes y heridos. Expreso mi cercanía a las familias de las víctimas, rezo por ellas y por todos los que están viviendo horas de

terror y angustia. ¡Que los ataques y las armas se detengan, por favor! , y se comprenda que el terrorismo y la guerra no conducen a ninguna solución, sino sólo a la muerte y al sufrimiento de tantos inocentes”. Estas palabras las pronunció el Papa Francisco durante el Ángelus de ayer, domingo 8 de octubre, tras los ataques de Hamás a Israel, en la frontera con la Franja de Gaza.

Un asalto repentino e inesperado. Una verdadera “inundación de bombas” azotó a Israel el pasado sábado al amanecer. Las sirenas antimisiles comenzaron a sonar incesantemente en Tel Aviv y en pueblos de la costa mediterránea de Israel. Lanzaron miles de cohetes desde Gaza hacia territorio judío. El grupo militar palestino Hamás (considerado terrorista por Estados Unidos, la Unión Europea y otros países occidentales) protagonizó una operación sin precedentes desde tierra y aire. El número de víctimas es verdaderamente dramático: 600 israelíes y 370 palestinos. Miles de personas resultaron heridas en ambos bandos, muchas de las cuales fueron hospitalizadas en diversos hospitales y se encuentran en estado grave. Pero, se trata de un balance provisional. También hay un número indeterminado de israelíes secuestrados por milicianos de Hamás -alrededor de 100- y trasladados a Gaza.

Mohammed Diab al Masri, nombre de guerra Mohammed Deif, líder militar indiscutible de la organización que controla la Franja de Gaza, desde los altavoces de los minaretes, poco después del inicio de la operación, lanzó un mensaje a todos los palestinos tanto dentro como fuera de Gaza, en particular a las células durmientes de Hamás que viven en territorio israelí: “Inició la operación ‘Inundación de Al-Aqsa’. Lleven a cabo vuestros ataques contra los asentamientos con todos los medios e instrumentos a vuestra disposición”, y añadió “hoy todos los que tengan un rifle deberían sacarlo. Es vuestro momento y cada uno de ustedes debe salir con su camión, vehículo o hacha. Hoy se ha abierto una nueva historia, una historia más luminosa y honorable”.

Una auténtica declaración de guerra contra Israel, a la que, tras momentos de incertidumbre e incredulidad, el gobierno de Benjamín Netanyahu respondió con la Operación “Espadas de Hierro”: “Las Fuerzas de Defensa de Israel actuarán inmediatamente para destruir las capacidades operativas de Hamás”, declaró Netanyahu en un discurso televisado, mientras los terroristas todavía estaban escondidos con rehenes en al menos tres lugares del territorio israelí. “Los paralizaremos sin piedad y vengaremos este día negro que han traído sobre Israel y sus ciudadanos. Ciudadanos de Gaza, abandonen el país, abandónenlo ahora. Nuestros soldados estarán en todas partes y con todas nuestras fuerzas”. Una respuesta del primer ministro israelí producida dieciséis horas después de que unos cientos de

terroristas de Hamás se infiltraran en territorio israelí, invadiendo aldeas y kibutzim, capturando a muchos habitantes de esas zonas.

Israel quedó mudo, tartamudeando. Dolido como nunca. No supo reaccionar ante la acción militar desatada por las Brigadas Izz el-Deen al-Qassam, el brazo armado de Hamás. El Shin Bet, la *Inteligencia Militar*, el Mossad y la Unidad 8200, la célula hipertecnológica de las Fuerzas Armadas de Israel, han fracasado. Por primera vez, la red de informantes, tejida por los distintos servicios, no logró percibir ni interceptar lo que estaba sucediendo en Gaza. O tal vez, más probablemente, se subestimaron las advertencias. ¿Pero cómo pudo pasar esto? Esta es la pregunta que ha estado circulando entre los analistas políticos dentro y fuera de Israel desde el sábado pasado. El fracaso de los servicios secretos israelíes está a la vista de todos. Sin embargo, las señales estuvieron.

Durante el último mes, cientos de palestinos en Gaza han marchado todos los días hacia la valla que separa la Franja de Israel, alimentando constantemente manifestaciones masivas de indignación pública y frustración dentro del enclave asediado. Las protestas no fueron tan grandes como las de 2018, pero la escala y el vigor fueron considerables. La mayoría de los manifestantes eran jóvenes reunidos bajo el acrónimo de “al-Shabab al-Tha'er”, “la juventud revolucionaria”. Y los presentes no eran las facciones de la resistencia de Gaza, sino gente común y corriente. Sin embargo, de repente, sin ninguna explicación, las manifestaciones cesaron. Y nadie preguntó el motivo de esta interrupción.

¿Por qué las organizaciones de inteligencia judías, tomadas como modelo por todas las agencias de espionaje del mundo, no se dieron cuenta del traslado a Gaza de drones, de armamento, incluso sofisticado, y sobre todo de hombres bien entrenados en la guerra de guerrillas urbana? Y de nuevo: ¿por qué los superexpertos de la célula “Unidad 8200” no pudieron interceptar los pedidos de componentes para el montaje de misiles de largo alcance por parte de la Brigada Izz el Deen al-Qassam?

Aún quedan más preguntas que requieren respuesta. ¿Por qué fueron utilizados batallones enteros para defender a un grupo de colonos extremistas comprometidos a provocar a los palestinos de los territorios -como en Huwara- o decenas de soldados para escoltar a judíos ultraortodoxos que entraron en el Monte del Templo sin respetar el *Statu quo*? Estas opciones ciertamente ponen en crisis la capacidad operativa de respuesta del ejército en caso de un ataque proveniente de la Franja de Gaza.

Pero la cuestión estrictamente militar no debe separarse de la situación de inestabilidad política provocada por las protestas callejeras. En más de una ocasión, el ministro de Defensa, Yoav Gallant, había pedido a Netanyahu que bloqueara el proyecto de reforma judicial. “Estoy muy preocupado - dijo - la división de la sociedad ha penetrado en el ejército y esto es un peligro inmediato y tangible para la seguridad del Estado. Tampoco se deben subestimar las numerosas protestas de los reservistas”. Las advertencias no fueron escuchadas. También se ignoraron las advertencias de Herzi Halevi, jefe del Estado Mayor del ejército israelí, que había advertido al primer ministro que para “frenar la erosión de las capacidades militares en curso en las fuerzas armadas era necesario que el gobierno bloqueara la reforma judicial y reconsiderara el plan para eximir en masa a todos los jóvenes judíos ortodoxos del servicio militar”. Esta última alusión al proyecto del gobierno que, bajo la presión de los partidos religiosos, pretendía eximir a todos los jóvenes ortodoxos del servicio militar y al mismo tiempo garantizarles el mismo apoyo económico garantizado a los reclutas.

Mientras tanto, entre los ciudadanos israelíes hay mucha preocupación, angustia e inquietud. Lo mismo entre los habitantes de Gaza. En ambos países, los cristianos viven este nuevo conflicto con inquietud y aprensión. El cardenal Pierbattista Pizzaballa, patriarca de Jerusalén de los latinos, se centra, entre otras cosas, en la pequeña comunidad cristiana de Gaza, de poco más de mil fieles, de los cuales sólo un centenar son católicos, pertenecientes a la única parroquia latina de la Franja, dedicada a la Sagrada Familia: “Sepan – declaró – que, como siempre, no se quedarán solos y que este es un momento en el que debemos estar unidos más que nunca”. Y concluyó: “La comunidad internacional debe volver a prestar atención a lo que está pasando en Medio Oriente. Los acuerdos diplomáticos y económicos no borran un hecho: existe una cuestión palestino-israelí que necesita ser resuelta y que espera una solución”.

Pero lo que ahora complica la situación es el resurgimiento de las tensiones en el norte del país con Hez bolá, que comparte con Hamás la aversión y la hostilidad hacia Israel. También cabe señalar que la gravedad de la situación ha llevado a congelar las fracturas políticas dentro de la sociedad israelí. Hace apenas una semana, en Tel Aviv,

todavía se manifestaba contra la reforma judicial.